

y será común á todos los pueblos y á todos los hombres en su día, no es una verdad sajona; la verdad es universal; no, no hay verdades sajonas ni verdades latinas, ni verdades germánicas; la verdad es una, eterna, absoluta, como que tiene su principio en Dios.

Así, pues, lo que haya de verdad en el sistema americano es lo único que puede aspirar á la universalidad. Aquella saludable planta que, según Lee, convenía que arraigara en América para ofrecer á los infelices perseguidos por una naciente tiranía, un alivio, un consuelo, bajo su sombra, no arraigará en Europa, no arraigará entre nosotros, no se alimentará si no se hace lo que en América, lo que allí se hizo por consejo de Lee, si no se le prepara *un campo propicio y bien cultivado*.

Ciertamente, no podemos hacer un cargo á Chateaubriand por no haber preparado ese campo. Chateaubriand cumplió su misión con anunciar que los dioses se iban; á los heraldos no les toca otro papel. A Tocqueville le alcanza mayor responsabilidad; su misión era otra; el campo estaba dispuesto; la obra del cultivo debía principiarse, y, sin embargo, al estallar la revolución de 1848, al restaurarse en Francia la república, nadie se acordaba ya de la *Democracia en América*, ni el mismo Tocqueville.

Pero aún debemos señalar nuevas manifestaciones de la influencia de América en los asuntos políticos de Europa. La República de 1848, destronada por las facciones, había abierto el camino á Luis Napoleón. La república, sorprendida el 2 de Diciembre por los esbirros de M. de Maupas, dejaba triunfante el segundo imperio. El tercero de los Bonapartes, alocionado por Luis Felipe, continuaba la obra de la corrupción de Francia. Mientras perseguía con encarnizamiento á los escritores liberales, los escritores ultra-democráticos hallaban la mayor libertad para su propaganda anárquica. Las utopías socialistas que Luis Felipe alimentaba para desunir al partido democrático y fraccionarlo, y para que le sirvieran de espantajo entre las clases medias, tan apegadas á sus intereses, tuvieron de Luis Napoleón un apoyo más directo, puesto que nació una nueva secta, el socialismo cesarista. Por este medio quebrantaron Luis Felipe y Luis Napoleón el partido revolucionario, pero por este medio llegaron también mucho más allá de lo que sin duda alguna se habían propuesto, á matar el carácter emprendedor y caballeresco del pueblo francés, su individualidad, su entusiasmo por las ideas. La esterilidad de la revolución de 1848 es la obra de Luis Felipe y de los doctrinarios franceses; la esterilidad de la revolución del 4 de Setiembre es la obra de Luis Napoleón y del imperio.

Muchos fueron los hombres eminentes que durante el segundo imperio resistieron con energía la acción demoleadora de Luis Napoleón, casi todos pasaron algunos días ó algunos meses en Santa Pelagia, Eugenio Pelletan, Julio Simón, Vacherot, merecen, sin duda alguna, ser mencionados en primera línea. Mas el escritor eminente que logró renovar hasta en lo profundo de sus entrañas al pueblo francés, fué Eduardo Laboulaye. Laboulaye resucitó el milagro de M. de Tocqueville, Francia entera fijó por un momento nuevamente sus ojos en la democracia americana. El eminente profesor del Colegio de Francia, popular ya por sus lecciones acerca de la Constitución de los Estados-Unidos, en una obra de pura imaginación exaltaba todos los corazones. Su *París en América* pasaba en el mismo día de su publicación todas las fronteras. Más de treinta ediciones se llevan hechas en Francia de dicha obra; en el extranjero, en cada país, se cuentan por docenas.

¿Era, por fin, Laboulaye, el hombre predestinado á dar á Europa una clara explicación del sistema americano? ¿Iba Laboulaye á inaugurar definitivamente la *nueva Era*?

Laboulaye trabajó cuanto humanamente pudo trabajarse para popularizar en Europa la revolución americana; puso en evidencia las diferencias esenciales que existen entre la revolución francesa y la revolución americana; se constituyó en propagandista de los organismos creados por los federalistas; hizo la apología de sus hombres de Estado, de sus oradores, de sus héroes y de sus mártires; pero Laboulaye, á pesar de cuanto escribió no ha logrado interesar á los franceses, la democracia francesa continúa aún tan repulsiva como antes á la idea americana, y se habla hoy del americanismo de Laboulaye en el tono socarrón y burlesco que se emplea para hablar, desde de 1830, del americanismo de Lafayette. Pero si bajo este punto de vista, Laboulaye no hizo más que sembrar en tierra ingrata, y yo casi afirmaría que sus repetidos estudios sobre varios puntos del sistema americano han tenido mayor eco en el extranjero que no en Francia, es innegable que con su *París en América* logró despertar la conciencia nacional, enaltecer al individuo, disipando las

tinieblas que el dios Estado había amontonado para cegarlos, y fijar la atención del pueblo francés y de la democracia europea en una dirección más conveniente á sus intereses. Nosotros creemos que Laboulaye, tanto, por lo menos, como la célebre minoría de los cinco de la Cámara de diputados, llevó al imperio á su ruína, obligándole á liberalizarse, como si fuera posible con cambiar de traje, cambiar de edad y de carácter. Y aquí debemos decir que si Laboulaye no hubiese caído en el error de apoyar el plebiscito de 1870, su influencia política hubiese sido mucho más grande de lo que fué y de lo que hubiese convenido que fuera, para que la democracia francesa no torciera su sentido y se elevara por fin al cumplimiento de los altos destinos que por su perseverancia está destinada á cumplir en Europa.

Hay que notar, sin embargo, un hecho importantísimo y que prueba que la idea americana va haciendo su camino en el país más locamente enamorado del unitarismo y de la centralización. Los amores platónicos de Lafayette por la constitución de los Estados-Unidos, las profecías de Chateaubriand, la gran obra de Tocqueville, como hemos visto, si apasionaban al pueblo por la democracia, no le educaban para la nueva idea, la voz que respondía á sus exhortaciones era la suya propia porque era robusta y fuerte, pero era en suma la voz del eco. Laboulaye no formó escuela ciertamente, muchos de los que se llamaban federalistas después del 4 de Setiembre más que discípulos suyos mejor lo eran de Proudhon; el mártir de la Communa, Gustavo Chaudey, Enrique Cernuschi, el patriota italiano que puso su fortuna á disposición de la democracia francesa para combatir el último plebiscito imperial, Eduardo Portalis, Amigues, Odysse-Barot, E. Thiaudiere, el autor del «Proyecto de Confederación francesa,» elogiado por el *Diario de los Debates*, Emilio Girardin, el primero de los periodistas franceses, sostenían la conveniencia ya de adoptar en toda su integridad la constitución de los Estados-Unidos, como opinaba Girardin, ya de calcar según el sentido prudhoniano las nuevas instituciones constitucionales de Francia. Laboulaye, como cuantos comprenden la imposibilidad de adoptar las formas políticas de otros pueblos cuando no existen igualdad de condiciones, exclama en el *Bosquejo de una constitución republicana*, que publicó en 1872. «No; no imitemos servilmente á los Estados-Unidos, pero cuidemos muchos de no caer en el equívoco que explotó hasta la saciedad M. de Maistre. Es muy cierto que la constitución de un pueblo jamás conviene á otro si entendemos por constitución el conjunto de instituciones y costumbres que componen la vida de un pueblo, pero no si entendemos por Constitución la ley que determina y ordena las relaciones de los poderes públicos; que nadie olvide que las instituciones de los Estados-Unidos no son mas que las costumbres inglesas adaptadas á la democracia.» M. Tenot, publicista distinguido y redactor en jefe que fué de *Le Siècle* había escrito ya en 9 de Mayo de 1871 en dicho periódico.—«Nosotros decimos que la ciencia política consiste, no en copiar servilmente las instituciones adoptadas por otros pueblos, sino en modificar estas instituciones para acomodarlas al genio particular y al estado social del pueblo para el cual se trabaja. Por lo tanto, nosotros estamos convencidos que Francia debe buscar entre la centralización unitaria, monárquica ó jacobina y la federación de Estados soberanos, una forma nueva, original, que realice la libertad republicana conciliando la unidad política de la patria francesa con la variedad y la libertad de sus grupos comunales y provinciales.»—Nosotros no titubeamos en decir que creemos que están más en lo cierto y en mejor camino los que opinan como los señores Laboulaye, Tenot y Thiaudiere que no los que aconsejan á los pueblos la adopción pura y simple de la constitución de Suiza ó la de los Estados-Unidos.

Después de lo dicho, podemos decir, sin ser tachados de parciales, que la *Era americana* anunciada proféticamente por Lafayette, Chateaubriand y Tocqueville, ha entrado en Europa en su primer período de formación.

¿Mas no habrá quién nos diga que el mismo Chateaubriand reconoció más tarde que sus temores eran exagerados, que la democracia americana estaba herida de muerte? ¿No habrá quién recuerde aquella página de Tocqueville en que señala los signos precursores de la decrepitud de los Estados-Unidos? Más aún; ¿no habrá quién nos diga que después de medio siglo que ha transcurrido desde que se anunció pomposamente en el Capitolio americano el advenimiento de la *nueva Era*, que apenas si en Europa ha logrado establecerse la República francesa?

¿Pero de qué se trata? ¿Se trata por ventura de que los pueblos europeos se amolden á las for-

mas americanas? Si de esto se trata, si la *Era americana*, se ha de manifestar por la adopción de sus organismos políticos entre nosotros, no vacilamos en afirmar que de sus organismos políticos, sólo aquellos que sean co-esenciales con la idea fundamental pueden aspirar entre nosotros á una organización apropiada á nuestras condiciones históricas. Pero de lo que en realidad de verdad se trata es de afirmar y organizar la libertad, y la igualdad de derechos. Este es el principio que informa la Era americana, y esto lo que anunció al viejo mundo el general Lafayette desde el Capitolio de su rendición y de su libertad.

«La igualdad de derechos y la libertad,» este es el programa de la democracia americana, su *idea*. Demostrarlo y evidenciar cuales sean los organismos que mejor garanticen y aseguren á todos la igualdad de derechos y la libertad puede y debe ser objeto del primer libro de esta obra, y si en América vamos á buscar esos organismos es porque nosotros creemos como Lafayette, con el advenimiento, para este Mundo-Tierra, de la *Era americana*.



Estatua de LAFAYETTE, en Nueva York

LA IDEA AMERICANA